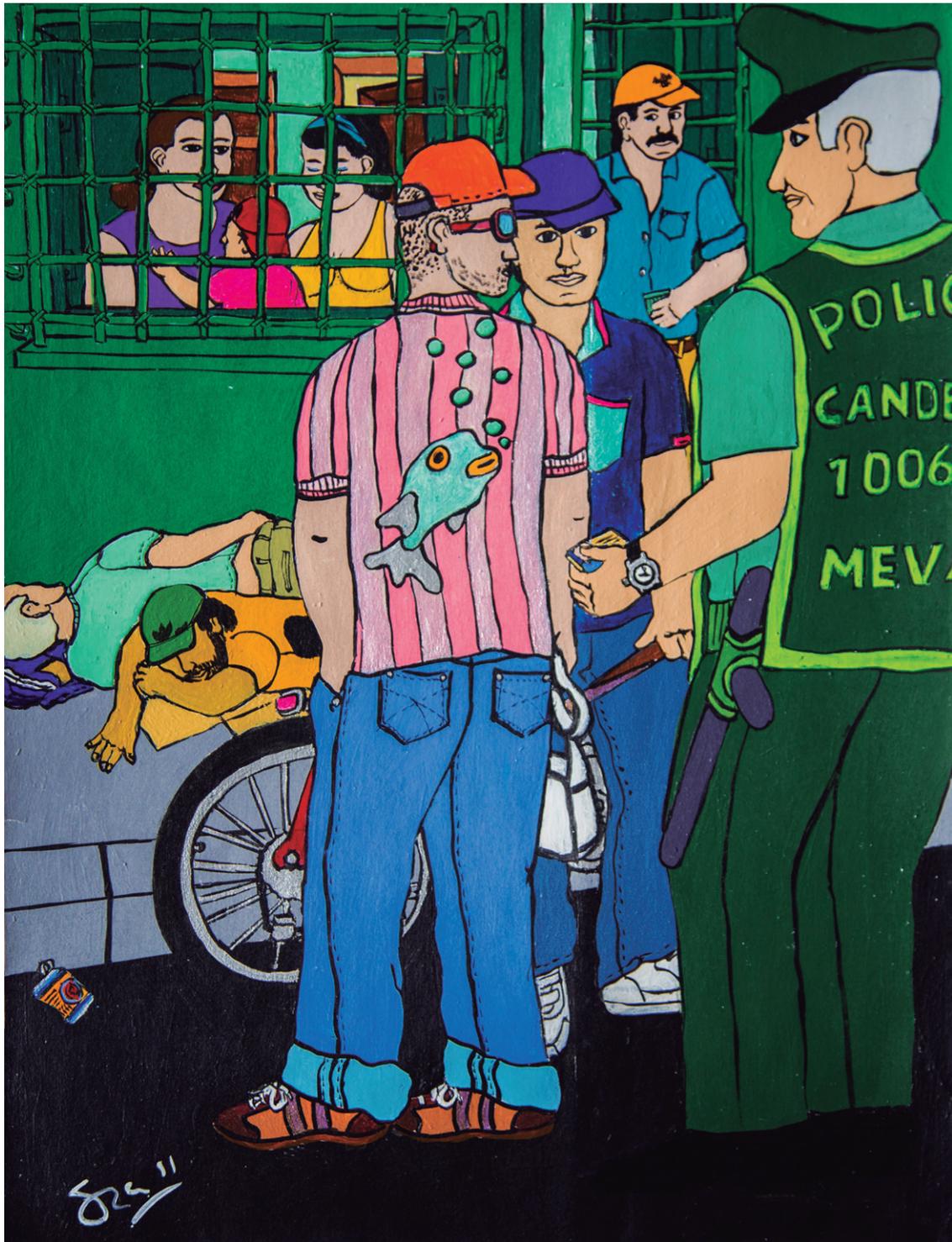


El centro de todos y de nadie



Jorge Alonso Zapata. *Otra requisita*. Acrílico sobre papel. 35 x 27 cm. 2011

Cada vez que mi madre salía muy bien vestida y de bolso en mano decía: “bajo al centro a hacer unas vueltas y les traigo cositas”. La imaginaba caminar en círculo alrededor de un señor de algodón gigante, habitante de un país lejano que prohibía el ingreso a niños. Solo vine a entender de quién o de qué hablaba mi mamá cuando me llevaba con ella a esporádicos recorridos camino a las citas médicas y odontológicas. Con ojos infantiles entendí que existía un lugar diferente a la calle del barrio, a las fachadas de las casas, a la tienda de la esquina.

Los edificios, las avenidas, los semáforos, el afán de la gente, las voces, los sonidos y la diferencia de intereses y de rostros convierten al centro en un lugar de desconocidos que se miran en medio de una geografía inaprensible que los atrae y, a la vez, los expulsa. Algo en él, entre la ambigüedad de lo moderno y los rastros de una época que se deja ver en los dinteles de una casa vieja, o en los muros con mensajes del nacimiento e inicio de algo, en cierta medida, devuelve esa noción de colectivo, de pertenencia a un grupo social. El espacio público en el centro no tiene nombre de un centro comercial que se encargó del tiempo libre de la gente y de paso de su consumo; es, a secas, “el centro”, un lugar donde los diferentes se encuentran y, sin saberlo, hacen parte de una identidad — así sea nominal—. Los ciudadanos se reúnen para compartir esa historia común y los hilos de una memoria que parece estar llena de fantasmas, un territorio de todos y de nadie.

Como todo organismo vivo, el centro tuvo una juventud. Algunos recuerdan sus grandes cafés, cines, teatros, edificios patrimoniales relucientes, librerías, casas habitadas por familias que luego salieron huyendo, pasajes como el de Junín o el Astoria, que eran desfiles de coquetería y de encuentro de clases sociales. Ese centro tuvo el toque de ciudad origen, de corazón fortalecido con sus grandes señales de

urbe en expansión. Las empresas más importantes tenían allí su sede principal, la función pública, el gobierno local estaba presente. La cultura atestaba sus butacas como el emblemático Teatro Junín, donde se dieron cita las más grandes óperas del mundo, obras de teatro de talla mundial.

Lo anecdótico también cuenta. Recuerdo que ciertos señores de corbata se ubicaban en las calles céntricas o en las zonas más concurridas como la avenida Primero de Mayo y la Plazuela Nutibara. Allí les tomaban fotos a transeúntes desprevenidos. Estos, recibo en mano, podían reclamar su foto días después. La imagen, en blanco y negro, les era entregada dentro de un telescopio del tamaño de un dedo índice, con una lupa de alta resolución. Allí, con los gestos naturales, los pasos a plena marcha eran eternizados y registrados en un primer plano, para entregar un segundo entorno de fachadas comerciales en ese universo llamado centro de Medellín.

Pero cada tiempo tiene su cantar y el centro también tuvo su propio coro de horror. Llegaron los miedos y las aves de rapiña con su hambre. Lentamente los espacios se fueron transformando y la Medellín de las décadas de los años 80 y 90 se llenó de muertos. Generaciones de jóvenes sucumbieron sin terminar de configurar un sueño, la violencia se ensañó en cada rincón y tomó mando de las calles de la ciudad y del centro. Estallaron bombas y con ellas centenares de vidas, sin contar las balas o los “dados de baja” por arma blanca a plena luz del día. El centro de Medellín estaba cercado por el miedo y el parque de San Antonio fue uno de los sitios que, al despuntar de una vieja (pero vigente) noche, recibió cuerpos desmembrados y el llanto se tomó el aire. El artista Fernando Botero no permitió, luego de esa tragedia, que se quitara del parque su escultura reventada, allí donde pusieron la bomba. Hizo un pájaro idéntico en bronce y lo donó de nuevo, al lado de la atrocidad de

la violencia. Para recordar, de una vez y para siempre, que hechos así son la expresión de la imbecilidad y de la profunda oscuridad de las cuales somos capaces.

A raíz de eso y de otros acontecimientos conjugados, el centro de Medellín a determinadas horas se volvió el lugar más fantasmal y uno de los más temidos: era impensable cruzarlo en carro y mucho menos caminarlo. El narcotráfico alardeaba de su poder y lo hacía demostrando su capacidad de control, al punto de llevarse por delante lo que se cruzara en su camino y de ser el fenómeno más invasivo en nuestra sociedad, sin distinción de clase o raza, del que se tenga memoria.

El centro sigue su curso y da gusto saber que una publicación tan universitaria como la *Agenda Cultural* le dedica uno de sus números, trayendo de relieve la obra del pintor Jorge Zapata, tan real y callejera como el centro, al que el calificativo de “impúdico” le resultaría limitado, pues haría perder el encanto de cada secuencia donde adultos parecen niños jugando a la guerra de la supervivencia, de odios y uniformes policiales, de persecuciones y de robos, de cuerpos semidesnudos a la entrada de un bar o de un atraco en una esquina cualquiera en riña con el beso cómplice de los amantes.

Textos, palabras, percepciones y formas de ver y sentir el centro están reunidas aquí para reconocer un lugar que lo reúne todo y a todos, para bien y para mal. Cabe recordar que aun a sabiendas de que ese centro se lo disputan hoy economías voraces, el tráfico de estupefacientes, particulares de chequera en mano comprando predios por metro cuadrado —entre uno y veinte millones—, y los llamados habitantes de calle en el rebusque con los habitantes de la periferia y otro tanto de miles de desplazados de pueblos, ciudades y hasta países, en el centro muchos salvan el día mientras la retórica oficial intenta poner orden

y echar a andar un plan de intervención que busca recuperar el espacio público, la movilidad, enfrentando complejidades mayores en el territorio.

En medio de ese fragor, la cultura actúa como resistencia, como una bella opción donde la vida encuentra sosiego. Colectivos de artistas viven de sus ansias, casas de teatro con novedosas estéticas sacan sus carteleras “a puño limpio” al lado de ofertas de “todo a mil”. Entidades, fundaciones e instituciones, como la Universidad de Antioquia hacen presencia y se la juegan con creatividad por hacer que pasen cosas diferentes. Jóvenes gestores persistentes de la causa, aliados por la cultura intentan entregar otra realidad, ante ese espejo doloroso e inocultable que es el centro de Medellín. La pregunta es cómo hacer para que la gente vuelva al centro y no se quede confinada en los centros comerciales y en sus pasillos relucientes de lámparas de galpón las veinticuatro horas.

Cómo hacer para que el centro de Medellín devuelva esa noción de ciudadanía ya perdida, y el derecho de habitar un territorio con vocaciones naturales para la poesía, la música, el teatro, la palabra, el debate, el café, la gastronomía, la plaza, el parque, la calle. Cómo entender sencillamente que en ese lugar donde la cultura está, muchas veces batallando en soledad, las puertas de muchos lugares con vocación por lo público están abiertas para ese millón y medio de corazones que lo visita diariamente y ese montón de gente que se quedó a vivir.

Cómo entender que el centro, con sus diecisiete barrios, es patrimonio de una ciudad de merecimientos y reciprocidades.

Gisela Posada Mejía
Líder Cultura Centro
Universidad de Antioquia